

ANÁLISIS por Jesús R. Argumosa

IRÁN

El régimen de Teherán maneja con maestría la estrategia de la ambigüedad calculada en sus relaciones internacionales.

Sin embargo, el Presidente Mahmoud Ahmadineyad no se muerde la lengua a la hora de hablar de Israel, uno de sus problemas

POR UNA APUESTA INTEGRADORA

La actual y previsible ecuación geopolítica mundial está orientándose hacia una nueva dimensión de relaciones internacionales caracterizada por la rivalidad geoestratégica entre las grandes potencias continentales -China, Rusia e India- y las grandes potencias marítimas -Estados Unidos, la Unión Europea y Japón- en torno a las tres más importantes fallas geopolíticas mundiales -cinturón de quiebra euroasiático, Nordeste de Asia y África Subsahariana-, así como por el uso de la energía como instrumento político.

En este triángulo de quiebra euroasiático -al que pertenece la región de Oriente Próximo y, en consecuencia, Irán- que reúne más del 60% de los recursos mundiales de hidrocarburos fósiles, se encuentra una falla de seguridad o cinturón de fractura geopolítico tan enorme que demanda el mayor esfuerzo político, diplomático, económico y militar de la sociedad internacional en los últimos años para alcanzar la paz y la estabilidad.

Sin duda Irán constituye una pieza fundamental en el tablero del ajedrez de paz y estabilidad de Oriente Próximo. Es parte importante de la configuración estratégica de la zona, donde la cultura nabatea centrada en Petra tuvo su mayor esplendor, por su comportamiento y protagonismo en relación con los recursos energéticos o con el campo nuclear, su situación geoestratégica, sus actuaciones respecto a Hezbollah y Hamás en Líbano y Palestina, respectivamente, su radical rechazo a Israel, así como su participación en la

guerra de Irak o su actuación en el conflicto de Afganistán.

Su situación geoestratégica es privilegiada respecto a la seguridad energética, principal factor geopolítico de los próximos años. El control iraní del Estrecho de Ormuz, por donde pasa diariamente el mayor flujo mundial de recursos fósiles, fundamentalmente hacia China, India, Japón y países del Sureste asiático, le permite ejercer una fuerte influencia y presión sobre los países importadores de energía y, en consecuencia, sobre la seguridad planetaria. Por otra parte, el rechazo occidental le ha hecho reorientar su política hacia Oriente.

Treinta años después de la revolución islámica de Jomeini, la promesa de una justicia distributiva queda en entredicho ante el dato actual de que un 20% de la población controla el 80% de la riqueza del país. Según una encuesta realizada por la BBC con motivo del lanzamiento de su servicio en farsi el pasado mes de enero, las principales preocupaciones de la población iraní -casi el 60% tiene menos de 30 años- son el paro y la pobreza. En general, el descenso de los precios del petróleo ha provocado una grave crisis en la depauperada población de Irán.

A pesar de que su comportamiento regional demuestra que Irán favorece el statu quo, su apoyo a los grupos radicales palestinos, su oposición a las negociaciones de paz con Israel y su programa nuclear, despiertan enormes recelos.

En el último informe de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA), del 19 de febrero de este año, se



FOTO: UN/MARCO CASTRO

señala que Irán no ha suspendido sus actividades relacionadas con el enriquecimiento de uranio ni las de los proyectos relativos al agua pesada, contraviniendo las decisiones del Consejo de Seguridad. Asimismo, se indica que quedan varias cuestiones pendientes que suscitan inquietudes por lo que deben esclarecerse con el fin de excluir la existencia de posibles dimensiones militares del programa militar iraní.

Uno de los principales problemas en las negociaciones entre la comunidad internacional e Irán se encuentra en identificar claramente quién es el verdadero interlocutor del régimen. Si bien es verdad que el ayatolá Alí Jamenei continúa siendo el hombre fuerte de Irán como líder supremo y autoridad constitucional sobre los principales poderes estatales, actuando siempre con una posición dura contra Occidente, especialmente hacia los Estados Unidos, también es cierto que otros actores de la república islámica como el actual Presidente, Mahmud Ahmadineyad, se han postulado por un tono más suave a lo largo de este año. De hecho, el régimen iraní es un consumado maestro en el empleo de la estrategia de la 'ambigüedad calculada'. [No obstante, el mandatario volvió a insistir en abril que los ataques israelíes en Gaza se podían comparar al Holocausto, lo que originó un gran rechazo en todo el mundo].

Se puede considerar que los cuatro asuntos más importantes de interés común para la comunidad internacional y para la república islámica y que constituyen un todo único, no exclusivo, son la solución al conflicto árabe-israelí,

la retirada de las tropas norteamericanas de Irak, el triunfo en Afganistán estrechamente relacionado con el desenlace de la crisis pakistaní y el propio proceso nuclear iraní.

Las negociaciones, reactivadas a primeros de este mes de abril, acerca del contencioso nuclear entre el Grupo 5+1 -los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, EEUU, Rusia, China, Reino Unido y Francia, más Alemania-, que actúa en nombre de la comunidad internacional, al amparo de la cual está actuando el Alto Representante de la UE, Javier Solana, continúan siendo una baza planetaria de alto calado. Con mayor razón, cuando EEUU ha declarado que va a participar plenamente en ellas, en contra de lo que había sucedido hasta ahora. Sin duda, los 'pesos pesados' en estas negociaciones de la comunidad internacional con Irán son los Estados Unidos y Rusia. La posición de EEUU como protagonista determinante en las mismas se considera fundamental para la resolución del contencioso ya que, por un lado, la postura de Teherán se inclina por tener como negociador directo a Washington y, por otro, debido a que la gran potencia norteamericana es el único actor internacional capaz de presionar y contener a Israel, a lo que se añade sus poderosos intereses estratégicos en el área.

El Presidente de Irán, Mahmoud Ahmadineyad, en el uso de la palabra en la Conferencia Internacional sobre la Financiación del Desarrollo celebrada en Doha -Qatar-, en 2008.

La cuestión iraní se debe resolver transformando su enfrentamiento con Israel en un EJE de negociación y confianza

La apertura de Barack Obama al diálogo con el régimen iraní, rompiendo el aislamiento mantenido por George Bush, supone un cambio sustancial de la posición de EEUU. También es verdad que esta mano tendida va acompañada de ciertas condiciones que debe cumplir Irán, tales como la de dejar de financiar a grupos rebeldes como Hamás o Hezbolá, la de abandonar el lenguaje bélico contra Israel o, por supuesto, la de abortar su programa nuclear, en especial, en su derivada de posibles usos militares.

Este nuevo enfoque norteamericano se halla en concordancia, en gran parte, con el que mantienen los diferentes miembros de la Unión Europea que están en la negociación, por lo que ambas posturas, la europea y la estadounidense, se pueden considerar que forman parte de un único posicionamiento, a efectos pragmáticos, ante la mesa de negociaciones.

Para Rusia, el contencioso iraní supone un comodín que puede esgrimirse según convenga ayudando a frenar las ambiciones de los Estados Unidos, tanto en Europa del Este como en Asia Central. En realidad, la verdadera razón por la que Rusia no quiere imponer sanciones económicas al país persa se deriva de motivaciones principalmente geopolíticas. Por otro lado, el Kremlin ha prometido que continuará presionando a Irán para impedir que se convierta en una potencia nuclear, aunque no está dispuesto a abandonar la colaboración con Teherán en la esfera de la energía atómica.

En cuanto a China, el gran poder emergente, se puede afirmar que priman, fundamentalmente, intereses energéticos y económicos, junto con el de la estabilidad en la zona, dejando en un segundo plano el problema nuclear. Irán exporta 340.000 barriles de petróleo diarios a China, siendo su tercer proveedor, después de Angola y Arabia Saudí. Por otro lado, hay importantes

inversiones chinas en la infraestructura petrolera iraní.

A mediados de los años 70 del siglo pasado, en el marco de los gélidos vientos de la guerra fría, la aplicación del espíritu de Helsinki en el continente europeo, impregnado de paz, seguridad, justicia y cooperación que dio lugar a la actual OSCE, fue muy difícil pero al final se triunfó. En aquellos años, teníamos a los Estados Unidos y a la Unión Soviética como grandes poderes tutelando a la OTAN y al Pacto de Varsovia como más importantes bloques oponentes. En esta primera década del siglo XXI nos encontramos con Estados Unidos y Rusia como actores primordiales junto a Israel y a Irán como potenciales rivales. Tenemos una ventana de oportunidad y hay que aprovecharla aunque sea preciso superar atávicos recelos y desconfianzas.

El actual y previsible panorama estratégico internacional demanda un nuevo modelo de seguridad en Oriente Próximo. Un nuevo tipo de OSCE, que podría llamarse la Organización para la Seguridad y Cooperación para Oriente Próximo (OSCOM), caracterizado por una renovada negociación frente a la confrontación, donde se tratarían de forma global, al menos, los cuatro contenciosos del área que se han expuesto; sin olvidar, entre otros, la situación en Líbano, Siria o el papel de Hezbollá, integrado por los actores más relevantes, estatales y no estatales, ya sean locales, regionales o internacionales y donde la inclusión sea una pauta habitual de comportamiento.

Los pilares de partida para este nuevo modelo se debieran sustentar en las siguientes premisas. Por un lado, Irán debiera parar su programa nuclear -mientras no demuestre que sólo es para usos civiles-, permitir las inspecciones regulares de la AIEA, reconocer a Israel, dejar de apoyar a los grupos radicales palestinos y facilitar el paso de material de la OTAN hacia Afganistán, sobre todo en caso de que se deterioren las relaciones con Pakistán o de que se cierre la base de Manás. Por otro, la comunidad internacional debiera proporcionar incentivos económicos a la república islámica, aceptar el protagonismo de Irán como potencia regional, dar 'garantías' sobre el compromiso de Israel sobre el no uso de sus armas nucleares, así como resolver el contencioso árabe-israelí sobre las bases establecidas por la

Hoja de Ruta y el proceso de Annápolis. Y ello, con independencia de los resultados de las elecciones presidenciales iraníes del 12 de junio.

En definitiva, la cuestión iraní debe resolverse en el marco de una apuesta integral, donde es preciso realizar la transformación del eje estratégico de enfrentamiento irano-israelí en un eje de negociación y de confianza, bajo la tutela de la comunidad internacional. De esta manera no se activaría la supuesta encrucijada nuclear de Oriente Próximo, materializada por la confrontación irano-israelí, y continuaría vigente el 'statu quo' de la tradicional disuasión convencional cerrando así las puertas a un posible 'efecto dominó' de la proliferación que se pudiera producir en otros países del área como Turquía, Arabia Saudí, Egipto o Siria.

La mayor parte de los indicadores y acontecimientos que aparecen en los primeros meses del año 2009 presentan un conjunto de condiciones que se consideran apropiadas para proponer esta iniciativa de la OSCOM, que debiera estar establecida antes de que finalice esta década. En especial, destacan el vídeo enviado por Obama al pueblo iraní, la nueva estrategia norteamericana en Afganistán y Pakistán, la Conferencia de La Haya sobre Afganistán, el encuentro del G-20, en Londres, la cumbre de la OTAN en Estrasburgo y Kehl, el encuentro del Presidente norteamericano con la UE, en Praga, o la reunión de la Alianza de Civilizaciones en Ankara. Todos ellos representan importantes hitos que han creado un ambiente particularmente idóneo para conducir a nuevos equilibrios de paz y seguridad en el cercano futuro.

Ha llegado la hora de la 'gran política', de la política con mayúsculas, o, si se prefiere, de la 'política planetaria', sin olvidar el particular protagonismo que va a tener el carismático líder estadounidense en el emergente orden mundial que se avecina. La responsabilidad del establecimiento de la OSCOM 'integradora' citada, debiera ser compartida, fundamentalmente, entre las siguientes entidades como más representativas de la legitimidad y del poder, en sus más amplios aspectos, de la comunidad global: las Naciones Unidas, especialmente su Consejo de Seguridad, las grandes potencias y las organizaciones internacionales, principalmente, de seguridad y defensa. ■

EL ESTRECHO DE ORMUZ

Se encuentra situado entre el Golfo de Ares (Mar Árabe) y el Golfo Pérsico y, por tierra, entre Irán, por un lado, y los Emiratos Árabes Unidos y Omán

por el otro. Es un corredor de 275 km de longitud y entre 50 y 80 de ancho que atraviesan los buques petroleros, en su zona más estrecha, a través

de angostos canales de una anchura entre 1,5 y 3 kms, lo que facilita su bloqueo. Por ellos circula el 40% de la producción mundial de crudo.

Dada la altísima dependencia que padece la economía iraní de la exportación de petróleo, y pese a las amenazas iraníes, es muy improbable la realiza-

ción efectiva de dicho bloqueo. Aun en el caso de una decisión como un caso extremo de defensa, no puede olvidarse que dejaría a su aliado chino

sin unas importaciones de crudo que le son absolutamente imprescindibles para el mantenimiento de su emergente posición económica.

